

La Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense: acciones de memoria y resistencia en Tumaco

Freddy A. Guerrero*

José Luís Foncillas**

Resumen

Este artículo revisa el contexto de injusticia social, discriminación y violencia en la región del Pacífico nariñense, y cómo las respuestas a través de acciones de resistencia son mediadas en gran parte por prácticas de memoria local y regional, muchas de ellas consolidando lugares como la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense. Esta última expresa un escenario de conmemoración fundamentado en el impulso dado por organizaciones defensoras de derechos humanos y de víctimas que hacen de este espacio un lugar vivo y de interpelación permanente a las condiciones locales de desigualdad y discriminación, pero que a su vez promueve nuevas formas de pensar este escenario de la geografía colombiana desde una apuesta por la paz.

Palabras clave: museo, memoria, víctima de guerra, resistencia, Pacífico.

Abstract

The article review the context of social injustice, discrimination and violence in the region of the Pacífico Nariñense, and how the response through resistance actions is largely mediated by local and regional memory practices, many of them consolidating places as the House of Memory of the Pacífico Nariñense. The latter expresses a scenario of commemoration based on the impulse given by organizations that defend human rights and victims that make this space a living place and of permanent interpellation to the local conditions of inequality and discrimination, but which in turn promotes new forms to think about this scenario of Colombian geography from a commitment to peace.

Keywords: Museum, Memory, War wounded, endurance, Pacific.

* Magíster en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, y antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Docente del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, Cali; miembro de la línea de investigación Cultura, Memorias y Convivencia Social del Grupo de Investigación Bitacus.

** Magíster en Derechos Humanos y Cultura de Paz de la Pontificia Universidad Javeriana, Cali; Teólogo de la Universidad Urbaniana de Roma y Pedagogo del Instituto Superior Juan XXIII de Lima. Coordinador de la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense. Publicaciones recientes: Foncillas, J. L., Betancourth, K. y Guerrero, F. A. (2018). Prácticas de memoria y paz de las víctimas del conflicto armado en Tumaco (Nariño). En R. García Duarte, H. F. Guerrero Sierra, M. Hernández Pérez y J. A. Wilches Tinjacá (Eds.), *La Colombia del posacuerdo: retos de un país excluido por el conflicto armado* (pp. 263-284). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Introducción

Este artículo recoge parte de la experiencia investigativa de los autores en el marco de procesos de construcción de memoria histórica y en función de procesos de acompañamiento a comunidades y personas víctimas del conflicto armado. El presente texto presenta algunos elementos del proyecto de investigación *Prácticas de memoria de las víctimas del conflicto armado en el municipio de Tumaco* (Foncillas *et al.*, 2018) y de la investigación en curso sobre experiencias de resistencia de algunos centros de memoria vinculados a la Red Colombiana de Lugares de la Memoria. Esto último como insumos pertinentes para aportar a la misión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición.

De manera particular, el artículo está referido a la región de Tumaco, específicamente a la configuración como lugar conmemorativo de la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense en el municipio de San Andrés de Tumaco. Interesa en este texto dar cuenta de la relación entre el conflicto de la región y la creación y sentido de la Casa de

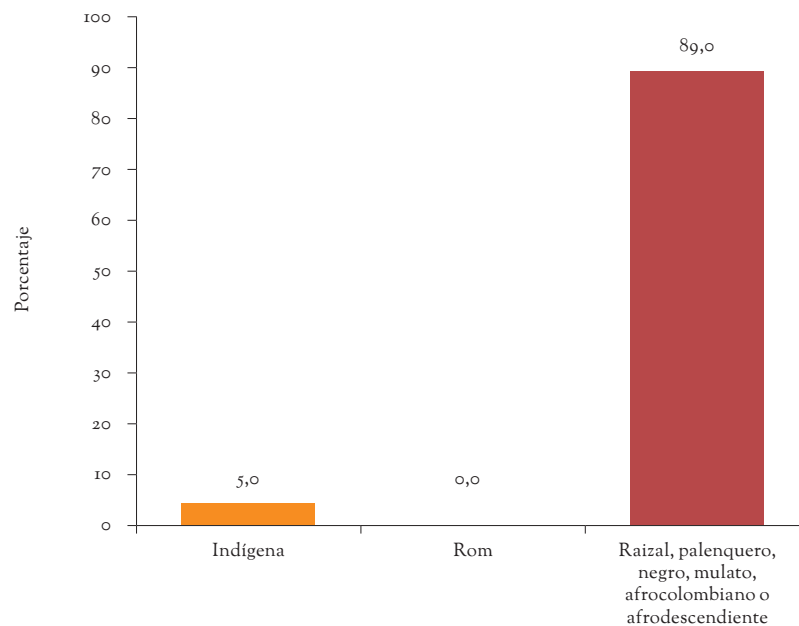
la Memoria del Pacífico Nariñense como práctica de memoria y resistencia frente a esas mismas circunstancias y a otras que trascienden el conflicto armado más reciente.

Para dar cuenta de lo anterior, referiremos inicialmente el contexto de conflicto de Tumaco, luego las prácticas de la memoria de algunas víctimas y organizaciones y, como una de las materializaciones de estas, la Casa de la Memoria, que constituye un espacio significativo en cuanto forma de resistencia, denuncia y transformación social en la que circulan expectativas y nuevos sentidos alrededor de los procesos sociales vinculados al territorio y la cultura.

Contexto del Pacífico nariñense

La costa Pacífica nariñense en el suroccidente de Colombia está compuesta por los municipios de Tumaco, Barbacoas, Magüí Payán, Roberto Payán, El Charco, La Tola, Mosquera, Santa Bárbara de Iscuandé y Olaya Herrera, que suman 440.000 habitantes en 16.000 km², más de la mitad del territorio del departamento de Nariño.

Figura 1. Pertenencia étnica en Tumaco



Fuente: Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE, 2005).

El 89 % de la población es afrocolombiana, descendiente de poblaciones africanas traídas de manera forzada para la explotación del oro en Barbacoas e Iscuandé. Si bien hubo resistencias de cimarrones a finales del siglo XVI, así como la abolición de la esclavitud en 1851 y logros importantes a partir de la implementación de la Ley 70 de 1993 —que permitió la creación de la figura de comunidades negras y la titulación de territorios colectivos— estas comunidades se encuentran marginadas, con altos indicadores de pobreza y desempleo, sin agua potable, sin energía eléctrica, con deficiente calidad en la educación y sin vías de comunicación adecuadas o inexistentes.

Al igual que el pueblo afrocolombiano, los pueblos indígenas Awá y Eperara Siapidara han sido debilitados en su identidad cultural, autonomía territorial, gobierno y desarrollo propio.

El conflicto armado, la economía del narcotráfico y los modelos extractivistas neoliberales se han sumado a esos procesos de violencia directa y estructural (Galtung, 2016) contenidos en el pacífico Colombiano. La región del Pacífico se ha objetivado desde tres perspectivas en un contexto de globalización, de acuerdo con un informe realizado con varío actores sociales de la región (Flórez López y Millán Echevarría 2007): como fuente de materias primas, plataforma para el acceso a los mercados internacionales y el ser potencial para la extracción de recursos de su diversidad biológica.

En ese contexto, la región de Tumaco y el Pacífico nariñense se ha tornado objeto de intereses e inversiones importantes a lo largo de su historia. La extracción de oro desde el siglo XVI, la explotación de caucho y tagua desde el siglo XVII, la explotación sin ningún control ambiental la de madera a mediados del siglo pasado, empresas de palma aceitera que usurparon territorios a las

comunidades étnicas desde los años setenta,¹ la minería ilegal, con patrones de explotación antioqueños y el narcotráfico desde los años ochenta. Este último fenómeno se acentuó a fines del siglo anterior con la violencia que contiene la dinámica de esta economía ilegal desplazada desde las selvas y los llanos de Caquetá y Putumayo, luego de la implementación en estas regiones del conocido Plan Colombia.²

A esto se suman en las últimas dos décadas la planeación de obras de infraestructura como la acuapista Tumaco-Buenaventura, las preinversiones para el Puerto de Tumaco, entre otras. A pesar de ello, las poblaciones asentadas en el Pacífico, como en Tumaco, no observan los beneficios de la riqueza económica en la que se asientan, ya que son de otras regiones del país y no obtienen por tanto mejores condiciones de vida y respeto en materia de sus derechos humanos (Centro de Investigación y Educación Popular [Cinep], 2017; Guerrero, 2009). Además, quienes intentan invertir de buena fe son en ocasiones tocados por las limitaciones que el conflicto impone a sus empresas y no en pocas ocasiones se adaptan estratégicamente a los contextos de ilegalidad (Barón y Wills, 2018).

Desde 2005, con la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), aparecen en la costa Pacífica nariñense los grupos armados ilegales de Rastrojos, Urabeños, Águilas Negras y Nueva Generación, que inician una lucha entre ellos y con las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), de modo que aumentan los asesinatos, siendo 2009 el año con la tasa más alta de asesinatos. En 2014, las FARC dominaban a los otros grupos y controlaban Tumaco y muchos armados que pertenecían a otros grupos se unieron a las FARC, como especie de “subcontratistas”, sin formación militar, pero que

¹ Los empresarios de la palma aceitera pasaron de usar 609 hectáreas en 1967 a 12.000 hectáreas en 1980 (García, 2011) y según la Corte Constitucional en el Auto 005 de 2009, usurpando en ocasiones territorios de las comunidades negras, protegidos por la Ley 70 de 1993.

² En 1999, hay una masiva llegada de cocaleros de Caquetá y Putumayo que, protegidos por las FARC, invaden tierras del Consejo Comunitario Alto Mira y Frontera y hasta hoy permanecen en esa región.

obedecían las órdenes de las FARC, y con diferentes jefes. Este conflicto produjo acciones como la bomba de las FARC contra la estación de Policía en 2012, con más de 60 personas heridas y 9 asesinadas, o el atentado contra el oleoducto que dejó sin agua a Tumaco por un mes en 2015.

Con la firma del Acuerdo de paz entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC en 2016, se creó una Zona Veredal Transitoria de Normalización en La Variante, municipio de Tumaco. Cientos de guerrilleros entregaron las armas, pero la violencia no disminuyó en Tumaco, debido a que grupos de disidentes y narcotraficantes tomaron los espacios dejados por las FARC y se enfrentaron entre ellos, lo que llevó a que en 2017 hubiera 240 asesinatos en Tumaco y en 2018, 216 asesinatos, según el Observatorio de Derechos Humanos, Paz y Convivencia del municipio de Tumaco. Esa fue la tasa de asesinatos más alta del país. En la actualidad, hay tres grandes estructuras criminales, dos medianas y siete pequeñas —tipo local—. Por un lado, está el grupo que se hace llamar Guerrillas Unidas del Pacífico, al mando de alias “David”, que cuenta con cerca de 300 hombres; de ellos, unos 40 fueron guerrilleros de las FARC, el resto es gente nueva. Este grupo controla más del 40 % del territorio rural de Tumaco, se ha expandido a Barbacoas, Francisco Pizarro y se sabe de la cercanía con los municipios de la Sierra. En la zona urbana de Tumaco, opera el grupo llamado Gente del Orden, que se compone de al menos 200 personas, de las cuales unas 100 trabajaron como “contratistas” para las FARC cuando esta guerrilla dominaba la región. En los límites con el municipio de Francisco Pizarro, opera el Clan del Golfo, al mando de alias Cusumbo, quien cuenta con una estructura pequeña pero bastante fuerte en términos militares. Todas estas estructuras armadas mutan con gran facilidad y se reconfiguran hasta con diferentes nombres.

La presencia de múltiples actores armados e ilegales en la cotidianidad de espacios urbanos y rurales del municipio es consecuencia directa de todos los intereses sobre el territorio y las economías legales e ilegales descritas.

Temporalidades y territorios de la victimización en el Pacífico

Es importante señalar el significado que la violencia y el conflicto armado tiene sobre el territorio y las temporalidades de poblaciones afrodescendientes, y lo que ello orienta en clave de memoria histórica y memoria social.

Se puede argüir que la memoria en clave de justicia transicional cobra sentido en tanto representa los acontecimientos que componen los hechos violatorios de los derechos y dignidad humana; por lo tanto, es coherente recurrir a los actores que poseen un rol en tales acontecimientos. Esto responderá a las preguntas clave de estos procesos de justicia transicional: quién hizo qué a quién y cuáles fueron las condiciones que lo hicieron posible.

Por ello el centro de estas preguntas que se orientan en clave de verdad o memoria tiene al sujeto hecho objeto de las violaciones a sus derechos y dignidad. Es posible apelar desde lo anterior al acto ético de rememorar en función de la justicia de las víctimas, siendo ellas el centro del relato (Reyes Mate, 2003).

La interrelación entre el territorio, los afrodescendientes y las temporalidades permite comprender cómo los procesos de memoria varían en el contexto del pacífico y de qué manera su énfasis puede ser parte de la constitución de la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense.

Resulta para ello pertinente tomar dos fuentes respecto al tema del territorio y las poblaciones afro: el Auto 005 de 2009 de la Corte Constitucional y una propuesta de Proceso de Comunidades Negras (PCN) de 2015 que recoge los elementos diferenciales para el trabajo de memoria histórica con comunidades negras.

La primera fuente recoge una experiencia jurisprudencial producto de procesos de incidencia política y demandas de las comunidades y organizaciones asociadas a defender los derechos de las poblaciones vulneradas por las acciones del conflicto armado. En particular, la Sentencia T-025 de 2004, que hace seguimiento a las políticas pú-

blicas referidas a población desplazada, formula en 2009 un Auto de seguimiento, el 005, el cual se reconoce que para los afrocolombianos, acciones productos del conflicto como el desplazamiento, el confinamiento y la resistencia de algunas comunidades afrodescendientes “generan la pérdida del control de su territorio y el deterioro de las condiciones de vida y del disfrute de sus derechos”. Y agrega, “Para estos colombianos, el territorio tiene una importancia muy profunda que va más allá de simplemente contar con un lugar para vivir y sostenerse. El territorio es una expresión de su memoria colectiva, de su concepción de la libertad” (Auto 005 de 2009, numeral 93).

El territorio, por lo tanto, se reconoce como vital para las poblaciones afrodescendientes. Es decir, esta asociación entre identidades culturales y territorio, tal vez movable y flexible en otras condiciones (Gupta y Ferguson, 2008) —algunas de estas percibidas en procesos de desarraigo como consecuencia de las diásporas internas en el país—, mantiene los vínculos sociales a través de las redes familiares extensas, de amistad y compadrazgo, de lo cual uno de los referentes consolidantes de estos vínculos es el territorio, fuente de renovación de las tradiciones, de la identidad y reivindicaciones históricas.

Ese territorio que contiene la memoria colectiva se ha apropiado, transformado, defendido, perdido y reivindicado de manera continua por las poblaciones afrodescendientes. Es posible señalar que al igual que en el reconocimiento de los territorios indígenas como víctimas, lo sea así con los afrocolombianos, dadas las relaciones materiales, simbólicas y culturales con su territorio.

De esta manera, el territorio y las poblaciones poseerían este estatuto de víctimas de la violencia ejercida directamente en el plano de las acciones de todos los actores comprometidos en una guerra permanente. Es una victimización que puede estar asociada a los discursos institucionales sobre

la figura de la víctima por cuanto sus significaciones en los procesos de justicia transicional (López Aristizábal y Guerrero, 2018), pero se agrega a esa victimización una más de larga duración e histórica que desplaza ampliamente los márgenes formales y normativos de este reconocimiento. Para representar esta postura fundamental y de cierto consenso entre las diferentes poblaciones afrocolombianas, el PCN (2015) refiere lo siguiente: “No puede hablarse del tema de memoria a personas, comunidades y organizaciones afrodescendientes sin un reconocimiento previo y explícito de las discriminaciones históricas que persisten en la actualidad como un lastre del racismo” (p. 6).

Y continúan en otro apartado:

En cuanto a la temporalidad de la memoria, se plantea que nuestra postura es flexible, lo que implica que ubicamos la centralidad que revisten para nosotros y nosotras los antecedentes históricos, en los que si bien no tenemos todos los elementos para recoger la historia de nuestros ancestros desde África, sí se considera necesario relacionar los impactos del proceso de esclavización, constitutivos del modelo de desarrollo actual, que configuran relaciones de dominación, exclusión, discriminación racial y racismo y hoy en día adquieren dimensiones más complejas de victimización y resistencias desplegadas por las comunidades urbanas y rurales descendientes de africanos/as. (pp. 6-8)

Ante las diásporas provocadas por múltiples causas, entre las que ubican arraigos históricos en la región pacífica, y desde la cual otras diásporas han tenido lugar por el conflicto armado interno, ante la extracción de recursos y la presencia de economías ilegales, sumadas a las inversiones que no revierten en el bien de las comunidades, se han desarrollado procesos paralelos de organización en poblaciones tanto afrodescendientes, como indígenas y de otros sectores, que demandan respeto por los derechos humanos, la cultura y el territorio.³

³ Un ejemplo de ello son las organizaciones como la Unidad Indígena del Pueblo Awá (Unipa), creada en 1990, y la Asociación de Comunidades Indígenas Eperara Siapidara de Nariño (Aciesna), que agrupa comunidades indígenas de cuatro municipios de la costa nariñense, entre otras organizaciones de la región.

Para las poblaciones afrodescendientes, la Ley 70 de 1993 sobre comunidades negras promueve bases organizativas. Los campesinos afrocolombianos desde 1995 organizan y formalizan varios consejos comunitarios e inician la titulación colectiva de sus tierras, aunque ello ha representado para sus líderes riesgo sobre su vida, dignidad y derechos, como se comentará más adelante con los casos de asesinatos cometidos por los grupos paramilitares.

Ahora bien, la pregunta que surge respecto a este panorama es: ¿cómo se incorporan estas representaciones del territorio, la historia y la victimización en las prácticas de memoria en Tumaco?

Las prácticas de memoria en Tumaco

Un acercamiento a las prácticas de memoria de la población afrocolombiana en Tumaco muestra el sentido que adquieren a partir del uso de diversos mecanismos que intentan dar respuesta a qué pasó, por qué y quiénes son los responsables. Además de ello, se incorporan en diversos niveles y tonos, particularmente en el escenario público, la denuncia y las demandas de justicia.

Se podría, solo de manera analítica y en clave organizadora, plantear prácticas de memoria privadas y otras de carácter colectivo y público.

Algunas de las prácticas de orden privado, si bien no llevan la intencionalidad ética o terapéutica del deber y derecho de la memoria en clave de justicia transicional, actualizan los mecanismos culturales de evocación, ahora con referencia a las víctimas cercanas y sujetos de la violencia y el conflicto armado.

En la investigación sobre las prácticas de memoria desarrollada con familiares de víctimas de homicidio y desaparición en Tumaco, y las cuales se vinculan a través de diferentes modalidades con la Casa de la Memoria de Tumaco, se manifiestan acciones que pueden traducirse en memoria por la evocación que realizan de los ausentes y, a su vez, por el sentido que brindan a tales prácticas y recordación (Foncillas *et al.*, 2018).

Cuando la victimización fue el homicidio, la visita a los cementerios se realiza en los aniversarios de la muerte o en el cumpleaños. También

los aniversarios pueden ser en otros espacios de encuentro familiar o de amistad. La oración, las historias sobre vida de la persona, el acompañamiento, en ocasiones con música y licor, hacen visible una manifestación cultural de los ciclos de vida y muerte que permiten, a través de las fechas significativas con el ser querido, mantener los vínculos con los más cercanos y convertir la ausencia física en presencia simbólica. Aunque estas manifestaciones se dan también en otras culturas, en la cultura afrocolombiana son mucho más fuertes, cientos de personas pueden acompañar estos aniversarios incluso muchos años después de la muerte, lo cual proviene de la profunda conexión que existe entre vivos y difuntos de las culturas africanas y que mantienen viva los afrodescendientes de esta región.

Uno de los elementos reiterativos en estas formas de conmemoración privada y que median la evocación son las fotografías de las víctimas, que en el ámbito doméstico presiden los altares familiares, cuya imagen sola o acompañada por santos, vírgenes o cristos establece una comunicación a través de la oración y la intercesión por el ser querido. Más adelante retomaremos el tránsito hacia lo público de estas mediaciones que, en principio, aquí categorizamos como privadas.

Otras prácticas de memoria de orden más colectivo y de mayor intencionalidad pública escalan el dolor propio y se llevan al ejercicio específico de denuncia y representación de las afectaciones territoriales y sociales. Entre estas se encuentran las *marchas por la paz*, coincidentes con fechas de conmemoración del día de las víctimas; las intervenciones estéticas como el teatro por la paz, los murales realizados por jóvenes en el espacio urbano, las poesías y las décimas en honor a las víctimas que despliegan y resignifican estas prácticas culturales dado el contexto de conflicto en la región. Algunas de estas manifestaciones se desarrollan a través de formas de agrupación de mujeres, jóvenes y familiares de víctimas que promueven acciones que desde la memoria interpellan al Estado y a los diferentes actores armados frente a la situación de vulneración histórica y

aún vigente de las poblaciones afrocolombianas, indígenas y campesinas de Tumaco. Dentro del conjunto de prácticas también se establecen lugares de memoria, para nuestro caso la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense en Tumaco.

En el marco del conflicto armado más reciente, ya descrito para el Pacífico y materializado en Tumaco desde el 2000 con la incursión de los grupos paramilitares adscritos a las AUC, se comenzaron a ver los embates del horror, de forma particular en homicidios selectivos, lo que constituía un *modus operandi* de los ilegales denominado dentro de sus estrategias de guerra como “romper zona”. Estas acciones no eran necesariamente combates con la insurgencia, sino debilitamiento del tejido social a partir de romper las

bases sociales con la eliminación sistemática de aquellos líderes y lideresas locales que por su activismo social y comunitario serían señalados de colaboradores de las guerrillas.

Uno de los casos sentidos, entre muchos otros, es el asesinato el 19 de septiembre de 2001 de la hermana Yolanda Cerón, para ese entonces directora de la Pastoral Social de la Diócesis de Tumaco. La hermana Yolanda era reconocida por su trabajo con la apropiación y el impulso en las comunidades negras del Pacífico nariñense de la Ley 70 de 1993, en función de hacer legibles en el territorio los derechos de las poblaciones afrocolombianas consignadas en dicha ley sobre comunidades negras.

Foto 1. Marcha de la paz 2013



Fuente: Diócesis de Tumaco (2013).

En su incansable trabajo, la hermana Yolanda apoyó los procesos en los que las comunidades gestionaron la titulación de alrededor de 96.000 ha de tierra. Con la llegada del paramilitarismo inició por parte de la religiosa una denuncia constante por medios locales y nacionales, con extensión a actores internacionales, sobre los hechos de corrupción institucional y la amenaza constante del narcotráfico en la zona articulada al fenómeno naciente del paramilitarismo en connivencia con las Fuerzas Militares y Policiales del Estado en Tumaco. En ese estado de cosas, se fue generando ese “rompimiento de zona”, inicialmente con el asesinato del gestor comunitario del Alto Mira y Frontera el 2 de febrero de 2000, a los que siguieron los de las periodistas Marisol Revelo, de Radio Mira y Teletumaco, y Flavio Bedoya del periódico *Voz*, situación denunciada por la hermana que señalada de colaborador con el ELN y estigmatizada por algunos oficiales de la fuerza pública, fue finalmente asesinada en el Parque Nariño del municipio de Tumaco (Verdad Abierta, 2014).

La huella de la violencia que marcó su asesinato motivó en principio el temor y el desplazamiento de muchos otros líderes que observaron los límites traspasados por los paramilitares, percibiendo que los procesos de defensa, resistencia y modos de ser del territorio se constreñían aún más por los intereses económicos de los actores detrás de estos actos de violencia materializados en la acción paramilitar.

En la sentencia de uno de los tribunales de los procesos de Justicia y Paz contra Guillermo Pérez Alzate, comandante del bloque paramilitar denominado Libertadores del Sur, quien fuese el que dio la orden del asesinato de la religiosa, se señala que:

Es notable por la labor de la religiosa, que con el crimen cometido no se estaba dando al lastre con una sencilla tarea parroquial o con una posición subjetiva frente al conflicto vivido, sino como se presentó, con un trabajo comunal a gran escala, con esmero en la recuperación de valores morales colectivos, y el arrojo de enaltecer la raza que acompañaba las riberas de esa fracción de la costa pacífica en pro de titular sus tierras, de sobreponerse a su legitimación

y legalizarlas, gracias a una visión romántica que en 1985 inundó la vocación de la hermana cuando era estudiante de teología, y visitó la cabecera municipal de Francisco Pizarro - Salahonda y más, para saber en medio de chalupas y balandras que, esa, que ya era su gente, debía tener unas condiciones de reconocimiento, dignas de su historia negra. (Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá Sala de Justicia, 110016000253200680450, 2014)

Como bien expresan los jueces en la sentencia, y lo cual se sostiene en testimonios de algunos integrantes de la comunidad, así como de otros actores en este proceso judicial, es dable interpretar para el caso de Yolanda Cerón cómo su singularidad se expande como una condición colectiva en el territorio y las poblaciones afrodescendientes del Pacífico nariñense.

Por esto, a pesar de su eliminación física, otra huella fue también dejada por las acciones y resistencia de esta lideresa en el suroccidente del país. Se reconoce, por ejemplo, lo que representaba la hermana Cerón en términos de colectivos sociales de Tumaco, por lo que su asesinato y ausencia promovió también procesos de memoria en el municipio del Pacífico. En la página web de la Casa de la Memoria, se explicita que parte de la génesis de algunas formas de memoria colectiva fueron producto de esa situación y conmemoración en honor a la hermana y las víctimas de los grupos armados en la región. “El asesinato de Yolanda Cerón tuvo un eco enorme en la Diócesis y en la comunidad en general. El deseo de conservar su legado y el de todas las víctimas detona un proceso de memoria por parte de la Diócesis al que se une la población en general debido a la credibilidad de esta institución” (Casa de la Memoria, s. f.).

Se desarrollan entonces varios actos simbólicos en el marco de la conmemoración de la Semana por la paz, inicialmente con el fin de recordar el legado de la hermana Yolanda con las comunidades negras. En estas conmemoraciones, se incorporan acciones importantes de denuncia como las marchas por la paz, como acción que no solo se sustenta en lo conmemorativo, sino que genera una acción colectiva presente:

La acción más impactante de la semana por la paz han sido las marchas, que muchas veces se hicieron en medio del terror impuesto por los armados. Ellos pusieron la ley del silencio, pero las marchas fueron uno de los pocos momentos en que miles de personas rompieron esa ley y clamaron por la vida y la paz. (Entrevista Zuly Y. Olaya, 2019)

Muchos años las marchas se realizaron los barrios más afectados por los armados, como Viento Libre y Panamá, donde normalmente nadie ajeno se atrevía a entrar por las amenazas de los grupos armados que allí vivían. Las marchas permitieron por un momento romper esas fronteras invisibles y mostrar a los habitantes la solidaridad y acompañamiento. (Comunicación personal, Lina Peña, 2019)

En 2009, aparece promovido por la Diócesis de Tumaco, así como por colectivos de víctimas y la Fundación Viudas de la Violencia (Funvida), la primera exposición fotográfica de víctimas en el parque principal de Tumaco, denominada Galería de la Memoria. Es tan simbólico el sitio que allí se realizan los actos de denuncia y conmemoración, en el lugar donde también se desarrolló el tenebroso acto simbólico y material del asesinato de la religiosa: un espacio público y central del municipio de Tumaco, el Parque Nariño. Simbólico y material, pues el asesinato fue realizado para acallar las voces que interpelaban la violencia y propendían a un activismo asociado a la titulación de territorios colectivos; desde la Galería, el mismo escenario público será usado para manifestarse sobre la injusticia a través de la presencia de las víctimas a través de las fotografías y los procesos de resistencia alrededor de un acto simple, pero contundente.

Las mujeres de Funvida planearon llevar en esa primera exposición 50 fotos de sus seres queridos asesinados y desaparecidos, pero tan solo en cinco días 200 personas habían llevado también sus fotos, al año siguiente fueron 400 y al día de hoy se han registrado unas 700 fotografías en el registro de la Casa de la Memoria.

Casa de la Memoria, convergencia de prácticas de memoria

Con estos antecedentes y aun en medio de la violencia generalizada, en 2013 se inició el proyecto Casa de la Memoria, un espacio cuyo criterio de diseño se desarrolla sobre la creación colectiva.

Sobre la gestión del lugar, este fue desarrollado por el equipo “Vida Justicia y Paz” de la Pastoral Social, con el apoyo de monseñor Gustavo Girón, obispo de la Diócesis de Tumaco, quien cedió el edificio. A ello se sumó el trabajo voluntario de varias personas, como la ingeniera que dirigió la obra de remodelación y ampliación del edificio, dos personas voluntarias que trabajaron *ad honorem* durante seis meses. Financieramente, la Casa de la Memoria recibió el apoyo de obispos alemanes a través de la Fundación Adveniat, donaciones en materiales para la museografía por parte del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y recursos obtenidos gracias a la Convocatoria de Estímulos 2013 del Ministerio de Cultura y el Centro Nacional de Memoria Histórica.

La Casa de la Memoria se encuentra ubicada en la calle del comercio, sector Bucanero, en un edificio que anteriormente era una pesquera. Cuenta con dos plantas: en la primera, que fue remodelada, se ubican cuatro salas de exposición; en la segunda, nueva construcción, hay un salón de 120 metros cuadrados para reuniones, una cocina, dos baños y dos oficinas.

Para construir este espacio de memoria, se partió de la metodología utilizada en los museos comunitarios: una representación de la memoria con gestión local y procesos de participación, de manera que el museo visibilice las costumbres y memorias que la población desea que sean expuestos.

¿Cómo definimos la museología?, muy poco a poco. Realizamos cinco talleres con víctimas y jóvenes durante los años 2013 y 2014. En los talleres se construyeron maquetas con los temas, colores y formas de casa sala; Los participantes donaron fotografías, objetos e historias que hoy son el patrimonio del museo. (Comunicación personal, Zuly Y. Olaya, 2019)

Este ejercicio de construcción colectiva permitió una gran apropiación del museo y una pertinencia mayor de los mensajes, así como el empoderamiento de las víctimas. Como fruto de estos talleres surgieron tres temáticas: la cultura, las historias de las víctimas y las historias de construcción de paz.

Los grupos de víctimas y las personas fundadoras de la Casa de la Memoria tomaron la decisión de no emplear la denominación *museo* por su connotación de lugar de exposición de un pasado inmóvil, que además podría causar el equívoco de que la violencia vivida en esta región era cosa del pasado, cuando esta es aun presente.

La palabra *casa* evoca un espacio familiar que alberga a diferentes personas, como jóvenes y víctimas, donde se reúnen de manera habitual para procesos de formación. Dicha evocación además

subraya la importancia de tener un espacio vivo y dinámico. Aunque una de las estrategias de la Casa de la Memoria son las exposiciones museales, no son la parte principal, ni su accionar se agota en ellas.

La Casa de la memoria muestra la riqueza cultural y natural del Pacífico afrocolombiano e indígena. El relato no tiene como punto central los hechos de violencia, sino que el énfasis está en la fortaleza de la cultura y en lo que la población hizo y hace para defender la vida y construir paz. (Comunicación personal, Paola Gómez, 2019)

Esta elección atiende a la necesidad de formular propuestas de cambios posibles frente a un conflicto armado que a veces parece tan degradado, que pareciera irresoluble y del cual esta región no pudiera salir.

Foto 2. Inauguración Casa de la Memoria, 19 de septiembre de 2013



Fuente: Diócesis de Tumaco (2013).

Las víctimas, a la hora de construir la museografía, decidieron que no es el momento histórico de hablar de los perpetradores debido a la impunidad reinante y al riesgo que supone hoy hablar públicamente de estos temas (amenazas, asesinatos y artefactos explosivos siguen muy presentes en la región). Por ello se optó por subrayar las historias personales y colectivas de las víctimas y comunidades afectadas. (Comunicación personal, Zuly Y. Olaya, 2019)

Salas de exposición y otras acciones vivas

A continuación, presentaremos las salas que constituyen la Casa de la Memoria y la relación con las líneas de trabajo que esta desarrolla.

Sala de la cultura

La sala de la cultura muestra las prácticas tradicionales que han sido fuente de identidad para sus habitantes y, en muchas ocasiones, de resistencia ante los actores armados. La Casa de la Memoria ha trabajado la identidad cultural por considerarla un elemento de cohesión que debe ser reivindicado y fortalecido para contrarrestar los efectos del conflicto armado, resaltando tradiciones como la partería, la conchería, la marimba de chonta, los arrullos y tradiciones religiosas africanas. Los aspectos culturales como la música, las formas de vida y el arte se vuelven una herramienta de lucha y de resistencia:

Foto 3. Arrullos en memoria de la abolición de la esclavitud y las víctimas de los consejos comunitarios, 21 de mayo de 2017



Fuente: Diócesis de Tumaco (2017).

Para mí un arrullo es algo muy poderoso, el bombo y los cantos nos convocan, nos reúnen, nos llenan de energía y de espiritualidad. Yo creo que por eso los paramilitares prohibieron los velorios y los arrullos, porque sabían que eran nuestra fortaleza. (Comunicación personal, Lina Peña, 2019).

Como tratar de derrotar esa violencia con nuestras raíces, nuestra alegría, con los bailes con la música.... O sea que no se mire simplemente como Tumaco un municipio de violencia sino contrastar con esas cosas malas. (Comunicación personal, Marcela Randazzo, joven voluntaria, 2019).

En los visitantes que llegan al museo se nota la emoción cuando ven representadas las historias de las parteras, de la familia extensa, por ejemplo, ellos se sienten identificados, aportan explicaciones y se sienten orgullosos. (Comunicación personal, Paola Gómez, 2019)

La sala de la cultura del museo también tiene una línea de tiempo, que trabaja con los visitantes la historia de la región, resaltando especialmente las acciones de resistencia. De esta manera, incorpora la flexibilidad temporal, espacial e identitaria que desborda los criterios normativos sobre los cuales se limita el estatuto de víctima y sus sujetos, los tiempos de los acontecimientos y la relación con el espacio.

Sala de las víctimas

En medio de la violencia, todavía presente en la costa Pacífica nariñense, esta sala del museo busca dignificar a las personas que han sido asesinadas y desaparecidas durante el conflicto armado en la región. Para las víctimas y sus familiares, es un espacio donde se valora incondicionalmente la vida de esa persona y se condena su asesinato. Esto es importante en una sociedad como la colombiana y la tumaqueña, donde muchas veces se justificó el asesinato, lo que causa una doble victimización, pues se mata una vida y se daña el buen nombre.

Las fotografías son necesarias en la Casa de la Memoria para que reposen allí, porque es una parte donde todo el mundo va a recordar, todo el

mundo la va a ver como una persona de bien. (Comunicación personal, Martha Camacho 2017).

A mí me da mucha satisfacción saber que mi hijo está aquí en la Casa de la Memoria, que en algún lugar se recuerda lo que él hizo por Tumaco, mucha gente lo quiere y cuando lo ven a veces vienen y me cuentan que ellos también lo conocieron y eso es bonito. (Comunicación persona, Nereida, 2019, madre de Miller Angulo, representante de la Mesa de Víctimas de Nariño)

El carácter de la sala de las víctimas se constituye en un punto relevante, pues como se ha descrito la Casa de la Memoria recoge una serie de prácticas e iniciativas diversas, las fotografías constituyeron desde las Galerías de la Memoria en un ejercicio previo y efímero en lo público, pero que a su vez representan un elemento permanente de las prácticas privadas cuyo interés tal vez no pueda ser traducible a los paradigmáticos de la memoria histórica. Sin embargo, en ese tránsito de lo privado a lo público y al establecimiento de una sala permanente de las víctimas se da un proceso relevante al agrupar las experiencias singulares sobre un relato colectivo. Sobre el particular, algunos testimonios:

Quiero que el recuerdo de mi hijo esté expuesto en un lugar bonito, esta casa de la memoria es lo mejor que podían haber inventado. (Diario de campo, 22 de agosto de 2015), sus lágrimas en los ojos y su tono de voz indican que siente gran satisfacción en que esté expuesto en un lugar público, esa memoria le produce cierto grado de consuelo al gran dolor que ella sufre.

Ester nos cuenta: Me gusta que la foto de mi hijo esté aquí porque sé que aquí será recordado y eso me consuela. Veo su foto, así como él era (dice mientras acaricia la foto de su hijo), no es como en el cementerio donde sólo están los huesitos, la foto es como si estuviera vivo. (Diario de campo, 25 de agosto de 2015)

Como se observa, son experiencias de cada familia, de las relaciones particulares significativas asociadas al parentesco que se sublima en un espacio donde lo singular está hecho para la mira-

da del otro, no solo para resignificar y denunciar, sino también para revitalizar el recuerdo del ausente y mantener y extender los vínculos sociales.

Sala de la conciencia

Luego de presentar estas historias de vida de las víctimas representadas con las fotografías, el visitante entra a un espacio de tránsito que permite reflexionar y tomar conciencia sobre las consecuencias del conflicto en la región. Se trata de una obra artística que es una casa palafítica en posición invertida.

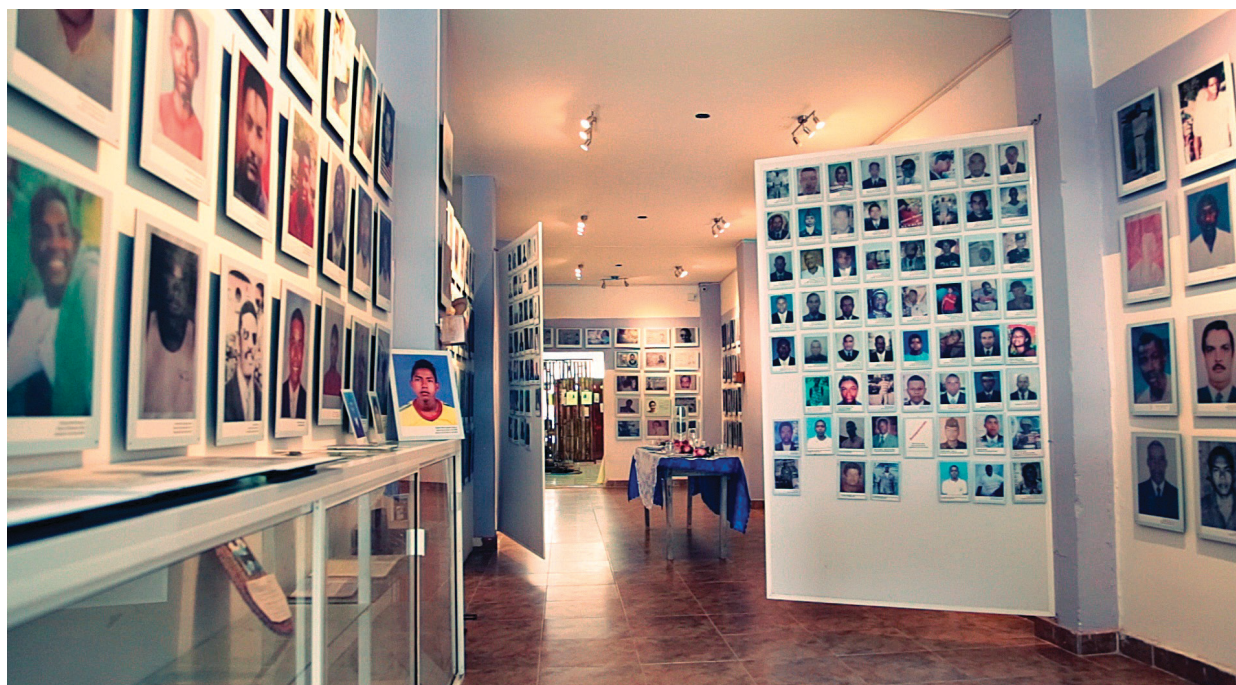
La casa cuestiona al visitante sobre las consecuencias de la violencia, muestra cómo lo cotidiano fue alterado durante el conflicto armado, se quebró la confianza entre los moradores de los barrios, se acabaron las tertulias y juegos nocturnos en las puertas de las casas. Pero la casa es habitable, permite que el visitante entre y se siente,

lo cual muestra cómo es posible vivir en el territorio en medio de esta violencia, la cual se normaliza y a la que se acostumbra.

La parte que tú sales de la sala de la violencia y entras como a esa casa patas arriba, creo que fue como algo que me conmovió mucho porque digamos es como la violencia en serio da un giro de 180 grados de todo lo que la padecen, la sufren y la viven [...] muestra el trastorno que ha generado en las víctimas o sobrevivientes de la violencia y en cualquier colombiano el hecho de normalizar prácticas de violentas. (Comunicación personal, visitantes de Marcela Randazzo, 2019).

La casa me indica que la cotidianidad fue alterada, la gente sigue viviendo, pero en medio de balaceras, de amenazas y asesinatos, lo que ha cambiado las relaciones cotidianas, como la confianza y el conversar libremente. (Comunicación personal, Ulrike Purrer, 2019)

Foto 4. Sala de las víctimas



Fuente: Diócesis de Tumaco (2014).

Foto 5. Casa Volteada. Símbolo de la violencia en Tumaco



Fuente: Diócesis de Tumaco (2019).

Sala de las acciones por la vida y la paz

Esta es la sala de la resistencia, busca resaltar las iniciativas de paz que las comunidades realizaron en medio del conflicto. Mostramos líderes, jóvenes que desde el arte hicieron resistencia y defensores del medio ambiente. Nuestro objetivo es mostrar que sí se puede, que hay muchas personas construyendo paz y que merece la pena sumarse a esos esfuerzos. (Comunicación personal, Zuly Y. Olaya, 2019)

Esta sección del museo inicia con un espacio de esperanza, con una gran vista al mar y en la

cual se invita al visitante a escribir sus sueños e introducirlos en botellas que cuelgan de una red de pescar. Esto es clave ya que ante tan elevados grados de violencia es común que el pesimismo y la desesperanza contagie a los ciudadanos. A continuación, se invita a conocer diferentes colectivos que están construyendo alternativas de paz en Tumaco, líderes, artistas, estudiantes de colegios, mujeres, que muestran que el cambio ya está en marcha e invitan a sumarse a él.

A la salida de la Casa de la Memoria se regala al visitante una bebida vitaminada que puede seleccionar entre varias botellas de colores con valores éticos como solidaridad, amor, sensibilidad, memoria, justicia, perdón, tolerancia [...] El objetivo es comprometer al visitante con la construcción de un Tumaco en paz. (Comunicación personal, Paola Gómez, 2019)

Es muy importante subrayar también el trabajo que la casa de la memoria hace en torno a la memoria ambiental, en un espacio donde se exponen las distintas problemáticas de la violencia contra el Medio Ambiente y de sus causas, pero sobre todo enfatizando en lo que podemos hacer para cuidar el medio ambiente. Hacer memoria ambiental es fundamental en esta región, por la simbiosis de las comunidades afrocolombianas e indígenas con su territorio. Aquí es clara la manera como el territorio es asumido a manera de víctima del conflicto armado.

Las salas están íntimamente ligadas y concatenadas, con lo cual se quiere mostrar que solo conociendo y valorando profundamente la cultura afrocolombiana e indígena, solidarizándose con la situación de las víctimas y conociendo las acciones que se han realizado en la región en favor de la vida se pueden tomar decisiones acertadas para comprometer acciones por la paz de la región

Las salas, además, guardan coherencia con la apuesta y el significado de no convertir en un museo la Casa de la Memoria; por ello, la puesta museográfica y museológica se asocia con líneas de trabajo con intencionalidades importantes en la construcción de paz.

Una línea de conmemoración y reconocimiento de las víctimas del conflicto

El museo Casa de la Memoria es propuesto como un espacio para conmemorar y honrar a las víctimas y preservar críticamente el recuerdo de los sucesos violentos sucedidos en el marco del conflicto armado en la región del Pacífico nariñense. Esto se realiza a través de la exposición de la segunda sala del museo, pero también a través de actos simbólicos en fechas conmemorativas en diferentes espacios públicos. El objetivo es ser un lugar de reparación simbólica y de apoyo moral para las víctimas y para ayudar a reflexionar acerca de lo sucedido a aquellos que no lo han sido, a promover la empatía con las víctimas, y así motivar al visitante a tomar conciencia de la gravedad de lo sucedido para contribuir a la no repetición de las violencias.

Me soñaba que hablábamos con mi primo, nos reíamos y de repente me acordaba que él estaba muerto. Recuerdo que cuando fui al cementerio, su cadáver tenía cinco días de descomposición y olía muy feo, ese olor en el sueño se me quedaba en la garganta y era horrible..., por muchos años seguí soñando lo mismo con ese olor. Hasta que un día fui a Casa de la Memoria y me encontré con uno de los guías, hablamos sobre lo que había pasado en Tumaco con el paramilitarismo y le conté lo de mi sueño y desde ese día jamás volví a tener ese sueño. (Comunicación personal, H.G., 2017)

Una línea de formación para la paz

La Casa de la Memoria se sugiere también como espacio educativo donde la ciudadanía reflexione sobre la cultura de paz, los derechos humanos y las acciones que se realizan en la región para promoverlas. Es un lugar que invita a crear conciencia en las nuevas generaciones sobre el valor primordial de la vida, la coexistencia pacífica y la transformación de conflictos, así como la no discriminación y la dignidad inalienable del ser humano.

Esto se realiza a través de las visitas guiadas al museo, algunas de las cuales terminan con talleres formativos. Pero además cada año cuatro grupos de jóvenes se forman semanalmente en estas te-

máticas y realizan acciones de voluntariado como práctica de lo aprendido.

Una línea que rescata la cultura del pueblo afrocolombiano e indígena del Pacífico nariñense

La Casa de la Memoria rescata la cultura afrocolombiana e indígena de la región: sus valores, tradiciones y costumbres, que fueron afectadas de forma negativa por el conflicto armado. Este lugar, además de rememorar las historias del pasado, también las resignifica desde las exigencias del presente, y así promueve un futuro diferente, a partir de la reflexión y la visibilización del acervo del patrimonio cultural material e inmaterial de esta costa. Esto se concretiza en foros anuales sobre tradiciones de la región como partería tradicional, la conchería, peinados afrocolombianos y tradiciones que, aunque son prácticas culturales vigentes, no tienen suficiente reconocimiento en la región y desde la Casa de la Memoria se reconocen, salvaguardan y difunden a través de actividades culturales como los “chinchorros culturales”. También se realizan actos culturales como velorios, conmemoraciones del día de la abolición de la esclavitud, del día de la afrocolombianidad y otros semejantes.

Una línea de documentación, de archivo y de investigación

La Casa de la Memoria ha sido receptora de estudiantes y ciudadanía en general para informarse e investigar sobre el conflicto armado interno. Desde 2019 se ha ofrecido colaboración a la Comisión de la Verdad como espacio de investigación y posterior depósito y promoción de los resultados. A ello hay que agregar los compromisos adquiridos por diversos entes desde las órdenes del Tribunal de Justicia y Paz de alimentar un centro de documentación, como una de las formas de reparación de las víctimas de la región por parte del bloque paramilitar Libertadores del Sur en la Casa de la Memoria, reconocida como espacio de memoria y reparación autogestionado localmente (Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá Sala de Justicia, 110016000253200680450, 2014).

Un centro de actividades culturales y sociales

La Casa de la Memoria tiene una agenda cultural amplia y dinámica, no solo sobre la violencia experimentada, sino también acerca de las temáticas que contribuyan a la promoción de la vida, los derechos humanos y la paz. Se realizan obras de teatro, foros, reuniones de organizaciones sociales; en definitiva, es un espacio de encuentro que intenta disipar los prejuicios basados en la intolerancia.

Al respecto, es interesante el testimonio de una persona externa, alemana, la coordinadora del Servicio Civil por la Paz de Alemania (AGEH):

Percibo la Casa de la Memoria como un lugar de aprendizaje vivo, hay un equipo muy empático que está trabajando con grupos de jóvenes y de víctimas. Los hechos victimizantes generalmente excluyen a las víctimas de la sociedad, sin embargo, la Casa de la Memoria incluye, con el trabajo que hace, muestran que las víctimas pueden reincorporarse y pueden hacer parte de este proceso, influyendo sobre todo en los jóvenes para que estos hechos de violencia no se repitan. La reparación simbólica empieza por tomar a las víctimas en cuenta, escucharlas, poner fotos de las personas que asesinaron en este lugar como espacio de dignificación donde se pueden recordar a las personas y tratar de sensibilizar a los jóvenes de que la violencia destruye a la sociedad. (Comunicación personal, Ulrike Hemerling, 2018)

La Casa de la Memoria finalmente logra ser el centro de múltiples acciones de memoria; de hecho, configura el espacio como centro de conmemoraciones sobre fechas simbólicas, con capacidad de convocatoria de la población, de las víctimas y de instituciones del Estado, como la Alcaldía de Tumaco, la Gobernación de Nariño, la Corte Constitucional y la Fiscalía General de la Nación, con las que se han realizado diferentes actos en un lugar que se ha convertido en símbolo en cuanto a los aspectos de reconocimiento de los hechos históricos que han afectado a la región, sobre su posibilidad de convocar a las víctimas en ejercicios de reparación y acción colectiva e instrumento de promoción de una cultura de paz.

Conclusiones

Se observa un tránsito de las experiencias privadas a lo público, en cuya mediación se encuentra la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense. Esta dinámica puede ser interpretada a la luz de los procesos de configuración de la memoria emblemática de Stern (1998), en los que, en efecto, cada experiencia logra darle coherencia a su singularidad desde un relato que da sentido a la multiplicidad de experiencias.

Foto 6. Madre de víctimas en la sala de víctimas de la Casa de la Memoria



Fuente: Diócesis de Tumaco (2017).

En efecto, cada narrativa y fotografía suelta contendrá una experiencia que, de las casi 700, sería difícil manifestar un mosaico de relatos escuchados por igual. Aun así, para las experiencias singulares de la familia y cercanos a quien se representa en la fotografía, constituye el centro de su mirada y su articulación con un relato y consagración general en la sala, como se manifiesta en las entrevistas citadas. La casa invertida podría ser esa representación del relato que condensa las experiencias: el desarraigo de la mar, el río y los territorios de esos palafitos puestos al aire; a su vez, una representación histórica de un orden que invierte los valores culturales de la población del Pacífico, pero al mismo tiempo un lugar de conciencia que invita a pensar un futuro con otro orden diferente al prevaleciente.

Sin duda, la figura de la hermana Yolanda Cerón simboliza, tanto por ser víctima como por sus acciones colectivas en favor de la región, una representación que más allá de la individualidad promueve prácticas y modelos éticos, políticos y sociales en esta región del país.

Así, pues, la conmemoración logra —además de articular algunas prácticas privadas y otras públicas, pero temporales a un escenario más permanente de recordación— generar vínculos con actores nacionales e internacionales que reconocen en la Casa de la Memoria, más que un museo, un lugar activo en la defensa de los derechos humanos y la construcción de paz.

Finalmente, las víctimas y la población de Tumaco, que es víctima casi en su totalidad, encuentran en la Casa de la Memoria un espacio muy significativo, porque esta muestra y habla de sus seres queridos victimizados, de los que nadie habla, pues las estadísticas hablan de cifras, pero no de vidas, de rostros, de historias. Los armados efectuaron una doble muerte hermenéutica (Reyes Mate, 2003), asesinando y justificando el hecho. La Casa de la Memoria, con su relato y sus acciones, devuelve esa dignidad robada a los muertos. Pero es doblemente significativa, porque al hacer tanto énfasis en la memoria de la cultura afrocolombiana, siente reflejadas y valoradas

sus costumbres, esas que fueron dinamitadas por los armados como una manera de doblegar a un pueblo, y en esas costumbres encuentran las herramientas para reconstruir.

Referencias

- Alexander, J. C. (2012). Cultural Trauma and Collective Identity. En *The Meanings of Social Life: A Cultural Sociology*. California University Press. <http://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195160840.003.0013>
- Barón, L. F. y Wills, M. E. (Eds.). (2018). *Empresarios, memorias y guerras. Testimonios desde el Pacífico Colombiano*. CNMH- Icesi.
- Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense. (s. f.). *Casa de la Memoria. Quiénes somos*. <https://casamemoriatumaco.org/quienes-somos/>
- Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). (2017). *Informe del priemr semestre 2017. Tumaco: ¿víctima de quien?* Autor.
- Corte Constitucional de Colombia. (26 de enero de 2009). Auto 005 de 2009. M. P.: Manuel José Cépeda Espinosa.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2005). *Boletín General Censo 2005. Perfil Tumaco-Nariño*. <https://www.dane.gov.co/files/censo2005/perfiles/narino/tumaco.pdf>
- Flórez López, J. A. y Millán Echeverría, D. C. (2007). *Derecho a la alimentación y al territorio en el Pacífico colombiano*. Misereor.
- Foncillas, J. L., Betancourth, K. y Guerrero, F. A. (2018). Prácticas de memoria y paz de las víctimas del conflicto armado en Tumaco (Nariño). En R. García Duarte, H. F. Guerrero Sierra, M. Hernández Pérez y J. A. Wilches Tinjacá (Eds.), *La Colombia del posacuerdo: retos de un país excluido por el conflicto armado* (pp. 263-284). Universidad Distrital Francisco Jose de Caldas.
- Galtung, J. (2016). La violencia: cultural, estructural y directa. *Cuadernos de Estrategia*, 183, 147-168.
- García, P. (2011). *La paz perdida. Territorios colectivos, palma africana y conflicto armado en el Pacífico colombiano*. (Tesis Doctoral). Facultad

- Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México. http://www.flacso.edu.mx/biblioiberoamericana/TEXT/DOCCS_VII_promocion_2008-2011/Garcia.P.pdf
- Guerrero, F. A. (2009). Territorios e identidades: Buenaventura, entre las resistencias y el conflicto. En A. Serna-Dimas (Ed.), *Conflicto y región en Colombia* (pp. 131-146). Universidad Distrital Francisco Jose de Caldas.
- Gupta, A. y Ferguson, J. (2008). Más allá de la “cultura”: espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antípoda*, (7), 233-256. <http://doi.org/ISSN 1900-5407>
- López Aristizábal, L. y Guerrero, F. A. (2018). La tridimensionalidad de la víctima: un análisis del discurso en el proceso de transición colombiano. *Análisis Político*, 31(93), 169-188. <http://doi.org/10.15446/anpol.v31n93.75623>
- Proceso de Comunidades Negras (PCN). (2015). *Modelo conceptual y metodológico para la implementación de procesos de memoria histórica para comunidades y organizaciones afrodescendientes*. Autor. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/comunidades-etnicas/assets/pdf/Modelo-Conceptual-y-Metodologico.pdf>
- Reyes Mate, M. (2003). En torno a una justicia anamnética. En J. M. Mardones y M. Reyes Mate (Eds.), *La ética ante las víctimas* (pp. 100-125). Anthropos. <http://foroellacuria.org/MEMO-JUST/Al.pdf>
- Stern, S. J. (1998). De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile 1973 - 1998). En E. Jelin, (Ed.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-Felices”* (pp. 11-33). Siglo XXI
- Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá Sala de Justicia y Paz. (29 de septiembre de 2014). Sentencia, radicado 110016000253200680450. M. P. Uldi Teresa Jiménez López.
- Verdad Abierta. (2014). *La hermana Yolanda Ceron, una resistente a la violencia en Colombia*. <https://verdadabierta.com/la-hermana-yolanda-ceron-una-resistente-a-la-violencia-en-tumaco/>